

“La circuncisión de Cristo y el Bautismo”

Hohenau.

(Lc. 2:21)

Is. 11:1-5; Gl. 4:1-7; Lc. 2:21-40

La semana pasada celebramos el nacimiento de Jesús. Dios envió a su Hijo para ser nuestro Salvador. En algunos aspectos, la vida de Jesús es como un viaje: su Nacimiento (la Navidad), la Semana Santa (su pasión y muerte en la cruz), la Pascua (su resurrección), su ascensión al cielo, su envío del Espíritu Santo (el día de Pentecostés). Vemos la vida de Jesús como un viaje. Dios planeó además otras cosas para que Jesús haga entre su nacimiento y su resurrección. Por ejemplo, como todos los niños hebreos, Jesús fue circuncidado al octavo día de su nacimiento y le pusieron por nombre “JESÚS”, y a los cuarenta días sus padres lo llevaron al templo de Jerusalén. Su circuncisión y el hecho de que le pusieran por nombre “JESÚS”, y la presentación en el templo, muestran de que su vida estaba en curso. Él estaba haciendo esto, para cumplir la Ley por nosotros. Porque “cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gl. 4:4-5).

Los niños hebreos eran circuncidados a los ocho días de nacidos. Circuncidar a un niño es cortar la piel de su prepucio. Este corte en la carne fue instituido por Dios mismo en el Antiguo Testamento, cuando le ordenó a Abraham: “Este será mi Pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu simiente después de ti” (Gn. 17:10). Por eso también Jesús, la “simiente” (descendiente de Abraham), fue circuncidado al octavo día de su nacimiento, llamándosele “Jesús” en esa ocasión. Ser circuncidado significaba que ese niño era incorporado por Dios como parte de su pueblo santo, que tenía comunión con Dios y que Dios le daba participación en la historia de la salvación. Es decir, la circuncisión era la señal externa de la gracia o el favor de Dios para con dicha criatura. Por lo tanto, la circuncisión del Antiguo Testamento era la señal por la cual Dios dejaba “marcadas” a las personas como propiedad suya, y desde un comienzo los niños recién nacidos eran circuncidados en Israel.

Por eso Jesús, como niño de ocho días, también recibió la circuncisión. No porque necesitara ser circuncidado, pues era Hijo de Dios, sino como dice san Pablo, porque “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gl. 4:4). Es decir, Jesús lo hizo por nosotros. Él vino a cumplir la ley y a ser circuncidado en lugar nuestro, como nuestro sustituto. ¿Y para qué? Continúa entonces san Pablo, diciendo: “A fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gl. 4:5). Nosotros los cristianos hemos sido circuncidados en Cristo. En el Bautismo, nosotros hemos recibido la “circuncisión de Cristo” (Col. 2:11), en donde Dios nos dio vida juntamente con él, perdonando todos nuestros pecados (Col. 2:12-13). Y así como del pacto de la circuncisión formaban parte también los niños, inclusive desde el octavo día de nacidos, así también lo es hoy por el pacto de Dios del Bautismo, y por eso bautizamos a los infantes, porque Dios así lo quiere, cuando dice: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos” (Mt. 28:19). Porque el Bautismo no se trata de una obra del hombre, sino de Dios. Y así como la circuncisión era practicada una sola vez, por ser uno solo el prepucio del niño, así también ahora el Bautismo, la “circuncisión de Cristo”, es dado una sola vez a la persona, como está escrito: “Un Señor, una fe, un bautismo” (Ef. 4:5).

Aplicar más de un bautismo en la misma persona es contrario a la voluntad de Dios, y trae inseguridad y duda espiritual sobre aquel que fue rebautizado. Por ejemplo, ante la falta de tiempo para bautizar, o ante la duda si se practicó o no el bautismo en una persona por falta de pruebas suficientes o de testigos, es preferible morir sin el bautismo pero teniendo la verdadera fe, que ser bautizado dos veces y luego tener remordimiento por haber hecho algo contrario a la clara voluntad de Dios: “Un Señor, una fe, un bautismo”. Porque no se trata aquí de lo que yo

pueda sentir o realizar. Se trata del mandato y la palabra de Dios, de lo que él manda hacer o dejar de hacer. Nuestros pensamientos y opiniones no son tan importantes frente a lo que enseña la Escritura: “Un Señor, una fe, un bautismo”. Debemos sujetarnos a esta palabra, y a la promesa de vida eterna que Dios unió al bautismo cristiano, cuando dice: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Mc. 16:15). Esto es lo realmente importante, la palabra de la promesa en unión con el agua, cuando se dice: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt. 28:19). Y ser marcado con el sello del nombre del Dios uno y trino, implica pasar a ser su propiedad, su hijo querido en Cristo Jesús, y recibir todos los beneficios espirituales que él obtuvo por nosotros al morir en la cruz. Como dice san Pablo, que al ser bautizados, somos perdonados por causa de Cristo, es decir, por gracia sola, somos adoptados como hijos de Dios, y como tales recibimos la herencia de la vida eterna (Tito 3:6-7).

En el bautismo, hemos recibido la adopción de hijos de Dios (Gl. 4:5), que Cristo nos consiguió al morir por nuestros pecados en la cruz. De manera que la salvación es gratuita para nosotros, aunque al Hijo de Dios eso le costó un precio muy grande, su propia vida, para que ahora, justificados mediante la fe, podamos disfrutar del don de la vida eterna. Este don, Dios nos lo ha dado gratuitamente en el bautismo cristiano.

Por eso, el bautismo es tan importante para nosotros, los luteranos. Allí nuestra vida cristiana comenzó. Por eso, debemos considerar con inmensa gratitud este don de Dios de su Bautismo, porque es la señal externa de su gracia con respecto a nosotros, junto con la Palabra y la Santa Cena. Como miembros del cuerpo de Cristo, mediante el bautismo, debemos considerar con temor y temblor nuestros pecados, y considerarlos como algo realmente serio, y que es del desagrado de Dios. Por eso, la vida del bautizado es de un continuo arrepentimiento, es decir, un continuo renunciar y morir a uno mismo, para vivir para Dios. Como dice el apóstol Pablo en Romanos 6: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera... Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva... Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro. 6:1, 4, 11).

Vemos la vida de Jesús como un viaje. Nuestra vida también es como un viaje. Pero Jesús nos incorporó en su camino, y unió nuestras vidas a la suya, mediante el bautismo cristiano. Por eso, no caminamos solos en este viaje de la vida. Por eso Jesús nos asegura: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Nuestras vidas fueron unidas a la vida de Cristo. Hemos caminado con Jesús un año más. Ahora podemos mirar hacia atrás, y revisar el año que hemos recorrido. Revisar si estamos en el rumbo que Jesús nos señala en el bautismo cristiano: la vida de arrepentimiento diario, de oración diaria, de consagración diaria a su causa, de amor diario al prójimo, de trabajo honesto diario, de estudio diario de su santa Palabra, de comunión frecuente y personal con él en su Santa Cena. ¿Hemos hecho esto? ¿En qué dirección hemos tomado rumbo este año que casi ha terminado? ¿Cuánto de todo esto hemos hecho, o dejado de hacer, o descuidado?

Debemos revisar el mapa de este año para ver si estamos en el rumbo, o si tal vez tenemos que corregir algún error. Jesucristo nos ha mandado que estudiemos su santa Palabra con dedicación, cuando dice: “Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt. 28:20). ¿Y cómo vamos a poder enseñar a otras personas, si primero no aprendemos nosotros mismos acerca de la fe cristiana, oyendo la predicación, meditando su Palabra? ¿Cómo vamos a poder amar al prójimo, y hablar a otras personas del amor de Dios, si primero nosotros mismos no disfrutamos de su perdón y su amor? ¿Cómo podemos ayudar a los necesitados, si primero no vemos y reconocemos cuánto el Señor nos ha ayudado y socorrido? Solo así entraremos en el nuevo año adecuadamente, si nos contestamos a nosotros mismos estas preguntas, para luego ver qué puedo mejorar, hacer, o dejar de hacer como bautizado, en el nuevo año que comienza. Hasta aquí el Señor me acompañó. “Señor, heme en tus manos: dirígeme”. Amén.